

**Territorio.** m. Terreno o lugar concreto, como una cueva, un árbol o un hormiguero, donde vive un determinado animal, o un grupo de animales relacionados por vínculos de familia, y que es defendido frente a la invasión de otros congéneres.

*Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*

No hay un único mundo, sino muchos mundos, y todos discurren en paralelo, mundos y antimundos, mundos y sombras de mundos, y cada uno de ellos lo sueña, lo imagina o escribe alguien en otro mundo.

*Paul Auster en Un hombre en la oscuridad*

## LA DEFINICIÓN DE LOS LÍMITES Y EL ESPACIO ABIERTO COMO CAMPOS TERRITORIALES DE ACCIÓN Y REACCIÓN.

El espacio del artista no está contenido entre los límites del soporte, sino entre las fronteras de su visión. Somos del tamaño de lo que vemos, de lo que podemos ver, de lo que queremos ver. El nuestro es un *spatium*<sup>1</sup> creativo que constituye nuestro verdadero territorio, un **territorio** que está, primordialmente, conformado por **relaciones**, y supone por ello un valioso **campo de fuerzas**.

Los guaraníes de nuestras tierras peregrinan buscando su *Yvymarae'ÿ*, la prodigiosa Tierra sin Mal, un *“lugar privilegiado, indestructible, donde la tierra produce por sí misma sus frutos y donde no hay muerte”*<sup>2</sup>, donde toda semilla germina y donde los hombres no pierden la vida. Por ello decimos que el Guaraní *“es un pueblo en éxodo, aunque no desenraizado, ya que la tierra que busca es la que le sirve de base ecológica”*<sup>3</sup>. Como el artista, que busca provocar no la *distracción*, sino una efectiva *contextualización* en una realidad posible, *heterotópica*, deseando huir sus raíces en una tierra que es tiempo y espacio, en un territorio que puede estar aquí mañana o en otro lugar hoy, en un paraíso que constituye una frágil combinación de tiempo y espacio.

Como tiempo y espacio se entrelazan en un territorio envolvente que los quechuas y aymaras denominan *pachamama*, madre tierra, madre tiempo... Con enigmáticos conceptos que la desvelan, como *ñaupi*, vocablo que significa paralelamente – espiralmente- el pasado en el tiempo y el futuro en el espacio...

Nosotros, los artistas y gestores del Territorio Cultural Centros del Sur, reivindicamos ese pasado y todos los posibles futuros, y hemos optado por la visualización de un **paisaje operativo** que posibilite la verdadera sinergia creativa. La asunción de aquellas raíces comunes que permiten alimentar nuestra profunda interdependencia.

Ese es nuestro territorio de fuerzas posibles, de potenciales de realización, de configuraciones infinitas en un medio dinámico... En él buscamos, nos perdemos, nos re-encontramos buscando... formas, conceptos...

Porque el territorio -como el mundo- se construye también con palabras. Palabras que se conforman, se forman y se deforman según su fluir en el tiempo y el espacio. Así, en la búsqueda de **Roly Arias**, las tipografías evolucionan orgánicamente, prefigurando siluetas imprecisas como los recuerdos, que sólo adquieren presencia al disfrutar de la propia ausencia de ser. Un territorio modelado mediante memorias reconstruidas,

<sup>1</sup> **Spatium**, del latino “estar abierto”

<sup>2</sup> **Clastres, Hélène** en *La Tierra sin Mal*

<sup>3</sup> **Melià, Bartomeu**, en *El Guaraní: Experiencia religiosa*

frecuentemente re-imaginadas. Y un proceso gráfico que intenta registrar ese territorio poblado de emociones que –como afirmaba Stansilavsky- constituyen *la verdadera materia prima del artista*. La re-presentación como recurso, la duplicación y el reflejo como figuras retóricas de una lingüística gráfica... Sensaciones vitales que, como en el trabajo de **Ana Marcela Rebori**, constituyen el palpitar sanguinolento y contundente de la vida en un territorio tejido de horizontes sinuosos, el de esa Argentina del norte que supera las pampas volviéndose andina, elevándose libre por encima de su lejanía de la capital omnipotente.

Tejidos. Tejidos de tiempo y espacio. Territorios con urdimbre, telar y trama. Franjas textiles de horizontes minerales, secos, oxidados. Como los capturados por **Alberto Díaz Parra** con una abstracción deshabitada, infinita y paralela como las líneas de desierto y mar que dibujan el norte chileno. Una esencialidad infinita que coloca al ser humano ante su propia finitud, por contraste con un paisaje inconmensurable que aspira a despertar lo sublime, y que -en la obra de **Pablo Forero**, pintada sobre un mosaico de pequeños cubitos blancos y neutros- se enriquece mediante la ironía con el juego de sugerencias alrededor de la *meditación* y la *plástica*.

Traspasar horizontes. Ir más allá, *plus ultra*. Olvidar rostros, sufrir fronteras, acumular visados y píxeles borrosos... En el trabajo de **Carlos Vargas** encontramos de nuevo el juego de la re-presentación del territorio, interior y exterior. Huyendo de la literalidad y estableciendo sugerentes figuraciones cruzadas, donde el norte –Madrid- se invierte, y donde la localidad fronteriza de *tambo quemado* incendia el soporte, mientras un rostro se pixela enigmáticamente, como el mismo territorio, que sólo adquiere sentido por quienes viven en él.

Así, ponemos nombre y apellido a los lugares, aceptamos su existencia por ser morada de alguien para nosotros. Y constituimos *axis mundi* alrededor de nuestros desplazamientos y sus estabilidades. Ello se evidencia en la axialidad canónica de la obra de **Magenta Murillo**, donde el minero –que horadaba la tierra *minándola*- constituye ese eje de notable fuerza, pero de impermanente territorio, haciendo referencia a la trasposición física y productiva de un sector estratégico de la economía boliviana, relocalizado y reconvertido. La compleja influencia icónica y un marcado talante pop son elegidos por **Marco Vinicio** para ponerlos a dialogar en una caja de memoria colectiva que pueda contener estilos, referencias y guiños del propio interés del artista. Algo similar encontramos en la más intimista propuesta de **Anuar Elías**, de sugerente título *Mors Ultima Ratio*, que recoge la afirmación latina y el tradicional género *vanitas* medieval y barroco, llevado a una reinterpretación personal en un escenario vital emplazado por la única verdad: su finitud. El cierto final de un camino que da sentido al mismo, que empuja a la intensidad, al *carpe diem* que nos hace ser uno con el mismo espacio y territorio que nos envuelve.

Y es esa vida efímera la que pone en juego, dentro de este territorio, **Iván Cáceres**, dibujando entornos antropométricos alrededor del jazz en acción, envolviendo a la figura con sencillos trazos de tinta china de enorme potencia expresiva, recordando por su dinamismo a los experimentos del *ballet triádico* de Schlemmer en la Bauhaus.

Más abstractas son las aproximaciones de **Marcelo Montaña** y su *estruendo* -una sugerente descarga de energía telúrica de incandescencia volcánica- y de **Diego García** y su *intención contra el letargo*, un ejercicio onírico y surrealista que adquiere –con

hallazgos propios y sugerencias de Dalí y Bacon- un dominio del territorio de los sueños poblándolo de símbolos personales.

Así es. Los territorios son multidimensionales, y cada dimensión tiene múltiples posibles territorios...Porque hay muchos mundos que están en éste, como diría Paul Valery, y las hibridaciones, mestizajes y superposiciones generan posibilidades de combinaciones infinitas: topologías alteradas, complejas, que resultan –como en la obra de **Alejandra Alarcón**- sorprendentes y enigmáticas, remitiéndonos al territorio del cuerpo, de los cuerpos, de las sugerencias simbólicas y psicoanalíticas que tienen base en él, en sus pulsiones más atávicas.

Y porque Bolivia se mueve, hoy en día –y como sus artistas intuyen en las obras aquí presentadas- entre la resignificación de un pasado ya agotado, la búsqueda de nuevos sentidos emergentes, o la huida de una realidad complicada a través del viaje, del sueño, o de la imaginación. Todo ello en un territorio que, como en el caso de la propuesta de **Julio César Soria**, de Perú, sorprende por la fuerza de la materia primigenia que lo conforma, y que percibimos sólo por pequeños rasgos esenciales. Y, como en un iceberg, sabemos que lo mejor –probablemente la fuerza creativa que transforma el mundo y la sociedad- está todavía sumergido, y necesitamos una fuerza proporcional que –a través de nexos, formación, posibilidades, conexiones, etc- logre hacerlo emerger.

Y es en ese contexto que el norte argentino, el norte chileno, el sur Bolivia y el de Perú intentan estructurar este territorio cultural desde un mismo espíritu, un *genius loci* que les permita adaptarse a un contexto interdependiente, voluntaria y progresivamente construido, orientando nuestro propio eje de coordenadas para generar un verdadero espacio abierto, inspirado por los principios del proyecto mARTadero de innovación, investigación, experimentación, rigor conceptual y formal, integración, intercambio e interculturalidad. Ese es nuestro deseo.

Fernando García Barros  
director proyecto mARTadero